



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

AUTORES DRAMÁTICOS
JOSÉ ECHEGARAY



¡Honra y gloria al autor eminente
cuyo nombre repite la fama,
y que á cada destello valiente
galvaniza el cadáver del drama!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—El encuentro de las gatas, por Eduardo Bustillo.—Soneto, por Marcos Zapata.—La noche de estreno, por José Jackson Veyan.—Nuestros protectores, por Manuel Matías.—La corrupción del siglo, por Sinesio Delgado.—¡Qué suerte! por Manuel Seriano.—Acta.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Echegaray.—Pobre porfiado...—La última moda, por Cilla.



Ya comienzan á regresar los peregrinos procedentes de Roma. Algunos vuelven más flacos, porque nada desmejora tanto como el excesivo celo religioso y la mala alimentación personal.

En la calle del Tinte encontramos ayer á Doña Mónica, romera y mártir, y nos dijo tristemente:

—Vengo de la Ciudad Eterna... ¡Ay, qué viaje!

—¿Y qué tal?

—No me hable V. de aquello. ¡Qué casas de huéspedes, qué cocido y qué chocolate tan malo! Gracias á que nosotros llevábamos lomo adobado, merluza frita, queso y otras frioleras; pero así y todo, lo hemos pasado malísimamente.

—¿Ha visto V. al Sumo Pontífice?

—Como le estoy viendo á V. ahora. Es atentísimo. Lo primero que hizo fué preguntarme de qué tengo este bulto junto á la sien, y yo contesté: «Santísimo Padre, esto me salió con los disgustos que me daba mi esposo, que era un beduino mal comparado.» Luego le pedí la bendición para mí y para una cuñada que vive en la calle del Tribulete, y al momento me las dió.

—¿Caramba! No ha tenido V. poca suerte.

—¿No ve V. que él ya me conocía?

—¿Sí?

—Naturalmente. Yo le escribo todos los años, dándole los días, y además, cuando tengo ocasión, le remito un fan ó bien una docena de chorizos buenos. Ahora, con motivo del jubileo, le regalé cuatro toallas de hilo y una relojera bordada por mí.

Doña Mónica se queja de que en Roma no despachan café con bollo de tahona, ni venden los callos ya limpios, ni la cordilla en manojos.

—Aquello está muy atrasado—nos decía.—¿Quiere usted creer que no pude encontrar en todo Roma un poco de escabeche de atún?

Hemos oído varias quejas por el estilo.

Otra señora amiga nuestra se había propuesto pasar el rato en los pasillos del Vaticano, sentada en una silla de tijera haciendo *crochet*, y los guardias la echaron á la calle con malos modos.

—¿De manera—decía—que gasta una el dinero para ver al Santo Padre, y no puede saber una si ha recibido las zapatillas que una le ha regalado?

Los que tienen bastante abnegación y aman desinteresadamente, han sufrido las contrariedades con la sonrisa en los labios.

—¡Sea todo por Dios!—decía un romero magullado.—A mí me dieron dos palos en la Vía Apia, confundíendome con un tunante que le había robado la sotana á un sacerdote manchego.

—¿Y no protestó V.?

—No señor: lo que hice fué ponerme unos pañitos con érnica, y pedirle á un sacristán amigo que me diese unas friegas con un bonete usado.

Hay quien viene dándose tono porque ha estado en Roma, y ha comido macarrones auténticos.

—Aquello es precioso—decía un caballero.—¿Y qué

gente tan fina! A mi señora la obsequiaron mucho; en cuanto llegamos á la fonda, un criado la ayudó á quitarse el abrigo; otro criado le limpió las botas; otro, vino con una taza de the para que la tomara. Buena diferencia de lo que pasa aquí, donde no hay pizca de educación en el ramo doméstico. Tuvimos nosotros una criada, que casi todas las tardes le pegaba á mi esposa con una badila, y un día que yo la regañé, me tiró á la cabeza dos libras de solomillo asado.

Conocemos muchísimas personas que han estado en el extranjero tres días, y desde entonces no encuentran nada bueno en este país.

—Para mujeres, las italianas, ¡oh!

—Aquí también las hay buenas.

—Quite V. de ahí. Tuve yo una patrona en Florencia... ¡Qué gran mujer!

—No deja de haber aquí buenas patronas.

—Veo que no conoce V. á las italianas.

—No señor, no conozco más que la pasta italiana para sopa.

Un sujeto recién llegado de Francia, sostenía en el café que todo lo español era malo.

—Qué rico está hoy el café—decía uno.

—¿Rico?—contestaba el afrancesado.—Si probaran ustedes el de París...

—Hoy hace buen día.

—¡Quiá! Para días los de Burdeos.

—¿Caramba!—dijo uno de los parroquianos.—Tengo un divieso en la nuca, que me vuelve loco.

—Para diviesos los de París—añadió inmediatamente el enemigo de España.—¡Aquéllos sí que son hermosos! Tuve yo uno, que parecía un violín enfundado.

Ahora andamos con eso de la lotería por irradiación, y es muy posible que aumente el número de jugadores, porque todo lo nuevo nos fascina.

Sucede con el nuevo sistema lo que con los refrescos ingleses. A la mayor parte de los consumidores no les gustan; pero, como es cosa nueva, van allí á tomarlos de pie, y los pagan con gusto, aunque les produzcan picor en la garganta y cosquillas en la nariz.

La lotería está volviendo loca á mucha gente.

—¿No juega V., Manolito?

—Sí señora. Eso de la irradiación me ha animado.

—Nosotras hemos formado una sociedad á cinco reales por cabeza, y el billete lo ha tomado un joven de Tuerel, que tiene un lunar de pelo junto á la barba. Los lunares son de muy buen agüero. Además, el joven nació en Junio, á las doce de la noche, encima de un baúl, y estuvo sin bautizar siete semanas, porque al quererle levantar se desencuadraba todo. Estas circunstancias prueban que tiene mucha suerte.

Se ha observado que obtienen premio los billetes cuando el lotero estornuda al tiempo de cobrarlos. Hay también grandes probabilidades de ganancia, si el poseedor sueña que le están arrancando los pelos de la nariz con unas pinzas.

Algunos papás van á comprar el billete rodeados de la familia. Llegan al mostrador, y dicen al lotero:

—¿Me hace V. el favor de permitir que mi hijo el pequeño le muerda á V. suavemente en el dedo gordo de la mano derecha?

—¡Hombre!

—Es una corazonada que he tenido. Si V. se deja morder por mi Camilín, hará V. la ventura de una familia honrada, porque saldrá premiado el número de mi décimo.

—Vaya, pues que muerda todo lo que guste.

—Tantas gracias... Anda, Camilín.

El chico hinca los dientes, y el papá compra el décimo, poseído de la mayor ilusión. Llega el sorteo, y el número no sale premiado; entonces dice la mamá:

—Ya dije yo que no sacaríamos nada.

—¿Por qué?

—Porque Camilín tenía una irritación muy grande cuando compramos el décimo.

—Se conoce que no estaba en condiciones aquel día. Esperemos otra extracción; pero antes de que el chico muerdá hay que examinarlo, para que reúna todas las circunstancias. Ante todo, debemos procurar que tenga el vientre limpio...

Antes de echar la firma acusemos recibo al joven literato Sr. Rueda de su último libro, *La sinfonía del año*, que ha tenido la bondad de remitirnos.

Recomendamos al público que lo compre, y aquí paz y después gloria.

LUIS TAROADA.

EL ENCUENTRO DE LAS GATAS

El origen de este lance es un nacido en el Rastro, gato por lo madrileño y, por buen apodo, el *Gato*.
Nació en una prendería, su padre enganchaba trapos, y él, á gatas entre bolsas, dió pronto muestras de *gancho*.

Creció con tales instintos que, á hurtadillas arañando, al barato del tenducho llegó á cobrarle *el barato*; y un día que le ardió el pelo con paternos estacazos, escapó por los tejados.

Y ¡já vivir! y aquel gatera es hoy el mocito guapo que, arañador del *matute* y del *timo* lameplatos, rubio como unas candelas y presumiendo del garbo, hace á los hombres trastadas y á las hembras arumacos.

Con dos chulas tiene amores y ambas esperan al falso, sin olor de Vicaría, en la calle del Vicario.

La Pepilla, chalesquera, ribeteadora, la Amparo, aquélla en un entresuelo y ésta sobre un sotabanco, una morena, otra rubia, dos gatitas de regalo, una de tejas arrias y otra de tejas abajo.

No puede la que refrena las bocas á los zapatos, refrenar las lenguas que hablan del doble juego de Paco, de quien le dice una amiga, con intenciones del diablo, que con Pepilla la sastra tiene jolgorios muy largos; y al citarle, por más señas, el cómo, el dónde y el cuándo, grita en su amor «á las armas!» y en sus celos «¡al asalto!»

La escena en un merendero: mesa coja, rotos vasos, pan duro y mantel retinto del peleón y los callos. Paquillo, de sobremesa, con la sastra mano á mano, ésta un tantico alegrilla y aquél bebido diez tantos.

Entra la de los ribetes; tercia el mantón bajo el brazo, su boca atropella insultos, sus ojos despiden rayos.

Sale la sastra á su encuentro y hay, á vueltas del zarpazo, una nariz con respuntes y un ojo ribeteadó.

Paquillo, al mediar, al suelo; cada moño, entre diez garfios; la gente, muerta de gusto; sin pagar todo aquel gasto; seis guardias algo tardios, el del *matute*, trincado, y el honor de entrambas chulas á la cárcel con el *Gato*.

EDUARDO BUSTILLO.

SONETO

(Á MI QUERIDO AMIGO EL ILUSTRE COCINERO MARIANO DE CAVIA)

Un pobre capellán de misa y olla
buitre en lo negro, en lo zancudo grulla,
que ni cree en la Biblia de Carulla
ni en la humildad de Monseñor Rampolla,
exclama al ver la mundanal bambolla
de tanto jubileo y tanta bulla,
al paso que remienda una casulla
y se come un pedazo de cebolla:

—¡Trece millones por su misa al Papa
cuando yo ni á peseta las arropo!...
¡Oh religión, que removiste el mapa
en obsequio á un Pontífice tan guapo!...
¡Al General en jefe mucha capa,
al soldado de filas ni un mal trapo!

MARCOS ZAPATA.

LA NOCHE DE ESTRENO

Ni Ministro, ni sereno,
ni médico, ni agudor:
¡nada como ser autor
en una noche de estreno!
Por los miserables cuartos
no hay trance más horroroso.

¡El parte más laborioso
de todos los malos partos!
¡Qué noche tan desdichada!...
El pensar un argumento,
planearlo en un momento
y escribirlo, eso no es nada.

Pueden escribirse cien comedias sin un mal susto. Las hace uno á su gusto y le resultan muy bien.

Pero dadas á la escena para que cuatro *guarones* den golpes con los bastones porque no la juzguen buena, y sin piedad la maltraten, y ébricos de saña y rencor digan: «¡Que baste el autor!» y otros griten: «¡Que lo maten!» y uno tenga que sufrir la *pateadura* ingrata... ¡Eso ya es meter la pata como se suele decir

Y que el desdichado autor oye la algazara inmensa teniendo como defensa la tela de un bastidor.

¡Y si es padre, y con afán para sus hijos escribe, con qué amargura percibe que se los dejan sin pan!

El monstruo patea y chilla, y cuando ruje el enjambre nada respeta... ¡Ni el hambre que llora en una guardilla!

Ni franqueza lo declara: yo á estrenos no voy sereno. El público del estreno creo que tiene otra cara.

Que hay mucho necio discurso, que no ha de aplaudir jamás, y mucho calvo, además, con la seriedad del burro.

Y hay niños poco sociales, y borrachos con mal vino:

¡y mucho sietemesino con flores en los ojos!

Y críticos de *camarero* que presagian desengaños porque á ellos hace diez años no les estrenan un drama.

No hay una cara de santo entre aquel concurso fiero: ¡vistos por el agujero del telón, causan espanto!

Si no empiezan es de ver cómo rabian impacientes, y cómo *ensthan los dientes* ambicionando el *morder*.

Si un General se descuida, no dudan de su valor, y nadie sufré á un autor una *batalla perdida*.

Verra un médico novel la cura, y no hay quien le toque. ¡Como un autor se equivoque no hay compasión para él!

Lleva el novelista un palo, pero menos susto pasa. El libro se juzga en casa y un lector dirá que es malo.

En una reproducción así no hay *complicidad*: en lo otro hay *nocturnidad* y hasta *premeditación*.

Y *alevosias* probadas, y *ensañamientos* constantes, y todas las *aggravantes* por el Código penadas.

Repito, de razón lleno, que no hay desdicha mayor. ¡Nadie como el pobre autor en una noche de estreno!

JOSÉ JACKSON VEVAN.

NUESTROS PROTECTORES

Más ó menos, todos buscamos en el mundo la protección de alguien.

Desde el Rey, que implora la protección del cielo, hasta el pordiosero, que, acurrucado en una esquina, proclama á voces que «no tiene más amparo que el de Dios y el de las gentes» (como si fuera tan poco!) no hay grande ni chico, ó hablando vulgarmente, no hay perro ni gato que no busque protección.

No parece sino que el hombre no se resuelve nunca á soltar los andadores.

Algunos hay que conservan la niñera y el ama de cría hasta que se doctoran en leyes.

Viene el hombre al mundo, y lo primero que le buscan es un padrino para que le tenga en la pila. Luego, conforme va creciendo, busca padrino para todos los actos de la vida. Padrino para casarse, padrino para batirse (que viene á ser lo mismo y á veces es peor lo primero), padrino para tomar la borla de Doctor, padrino para entrar en un Ministerio; y si no se busca padrino para morir, es porque el hombre, en esos momentos, sólo piensa en marcharse del mundo.

Esta costumbre de buscar padrino para todo, ha creado el tipo del hombre protector que, si ustedes se fijan, es un tipo molesto y cargante á más no poder.

Si la protección se ejerciera como cosa natural y puesta en el orden, santo y bueno; es decir, que si los hombres nos ayudáramos mutuamente, nada tendría de particular; pero es el caso que la mayor parte de los que nos venden protección, lo hacen por pura vanagloria personal y no por el deseo de darnos la mano para que vayamos guiados por la escabrosa senda de la vida.

Generalmente el protector no se contenta sólo con serio: necesita cacarear su protección, y busca que se la cacareén los demás.

Frecuentemente oirán VV. decir por ahí:

—¿Quién? ¿Fulano? Yo le he hecho nombre; á mí me debe lo que es.

Pues si averiguan VV. en qué consiste la tal protección, se encontrarán con que todo se reduce á que el protector regaló al protegido un par de pantalones viejos para que se hiciera unos nuevos, con lo cual el primero se considera acreedor ó poco menos á que le den un premio de los destinados á la virtud, ó si quiera una cruz sencilla de Beneficencia.

Dejen VV. hablar á cualquier hombre, y difícilmente yo que deje transcurrir media hora sin que saque á colación las ánimas que ha sacado del purgatorio, por supuesto, siempre poniendo por de-

POBRE POR FIADO...



¡Dichosos los que no tienen barro en la calle, porque ellos pagarán el recargo municipal con muchísimo gusto.



Deme V. una de treinta y cinco. (Esto por si hay que emplear el soborno).



—Dígame V. ¿se sabe para qué han traído aquellos adoquines?
—Eso preguntelo V. a la superioridad.



Buenos días, ¿cómo está V.?



¿Fuma V., Sr. Abascal?



Pues yo venía á ver... si arreglamos eso de la calle.



Si; eso es lo mejor que puede V. hacer, ¡taparse los oídos!



¡Caramba! ¿Estará ahora el Gobernador en el despacho?



¿Es al Sr. Duque de Frías á quien tengo el honor de hablar?



Ea, señor Duque, un pitillo...



Si el señor Duque tuviera influencia bastante para que me adoquinaran la calle... La calle Peninsular, para que el señor Duque se entere.



¡Demonio! A estas horas ya no voy á encontrar á Sagasta.



Dígnese V. E. aceptar este pequeño obsequio. Son superiores, de 35, ya lo ve V. E.



Sí, Sr. D. Práxedes, tendré que apelar allá arriba.



—San Pedro?
—Servidor.
—¿V. fuma?
—Gracias, tomo rape.
—¿Se puede ver al Ser Supremo?
—Hombre, no sé si se podrá ahora...



—Señor, el más humilde de los pecadores acude á vuestra divina misericordia para que le adoquinen la calle.
—Veamos, ¿quién está ahora en el Poder?
—Sagasta.
—Entonces no puedo; si estuviera Alenjandrino Pidal, te daría una tarjeta...



¡Sol de los adoquines tú eres mi gual!



Coro de empedradores. Aquí nos envían para adoquinar. Bebamos empedradores y viva Abascal! ¡Bebamos, fumemos! ¡Bebed y fumad! (bis)



Coro de vecinos agradecidos. Pues oíste clemente mis ruegos y del barro nos vas á salvar. ¡salve, salve, modelo de alcaldes! ¡salve, salve, José sin igual! (Se repite tres ó cuatro veces)

lante que quien presta beneficios recibe sólo desdenes; que el perro vale, en cuanto á gratitud, más que el hombre; que quien da pan á perro ajeno pierde una cosa y otra. ¿Ha visto usted qué mundo éste? ¿Ha visto V. qué ingratos son los pícaros hombres?

Cada cual cuenta en la feria según le va en ella. De mí puedo decir que en mi larga carrera (que quiere decir que soy viejo) no he dejado un momento de verme protegido, y estoy casi sin camisa.

¡Ah! qué de protectores me han salido al paso. Desde aquel protector que me colocó en un periódico y se encargó de cobrar mi sueldo y gastárselo, hasta el protector que viene á menudo á comer conmigo para, al propio tiempo, hacerme el obsequio de darme algunos consejos, no he dado un paso en la vida sin mi protector al lado.

Eso sí: muchos de ellos me han guiado como guió el lazari- llo de Tormes al ciego, que se estrelló contra un poste al saltar un arroyo; pero todavía me han exigido que les esté agradecido.

Yo no sé cómo me las compongo, que debiendo lo poco que soy á mis pobres esfuerzos, no oigo por ahí otra cosa sino: «Fula- no dice que eres un ingrato; que si no fuera por él que te dió la mano...» y en efecto, él tal me dió la mano al despedirse á la puerta de mi casa, y no pasó de ahí; es decir, pasó, porque vol- vió piés atrás y dijo: «¡Oye, tül! ¿Tienes ahí un duro?»

El caso es que si oye V. á las personas que tienen la bondad de protegerle, resultará que usted no hace de por sí cosa que valga la pena.

Escriba V. una comedia. ¿Es buena? Pues no faltará quien diga: «Yo le di el argumento y el plan; como me interesó tanto por él!» «La silban?» «¡Claro! Va le dije yo que no gustaría; no quisó hacerme caso.»

En este oficio de escribir que uno trae, es en el que salen los protectores á medias docenas; pero yo lo que sé es que Cervan- tes, que tan protegido fué de personas de valer, llevó una vida de lo más aperrada que puede verse, y murió, como todos us- tedes saben, en lo que un amigo mío llamaba la opulencia de la indigencia.

Hay aún más. Algunas personas han tomado eso de proteger por oficio, y les va bien en ello, con lo cual realizan el colmo de las *maringalás*. Vivir desahogadamente en la tierra y entrar desvergonzadamente en el cielo.

Hasta hay corredores de protección. ¿Quiéren VV. un destino público? Pues como VV. cuentan con dinero seguro tienen el destino, y allí está la tarifa para que nadie se llame á engaño.

¡Así anda ello! Pero, en fin, todavía pueden tolerarse esos protectores; contra ninguno de los cuales van mis flechas.

El protector insufrible, el inaguantable, al que yo daría una buena tunda de azotes, es el protector inútil, el protector sin me- dios ni elementos para serlo, el protector falsificado.

Este tal tiene un amigo en todas partes, hasta en presidio, y no despega V. los labios para hablar de la necesidad de visitar una oficina pública, sin que le ofrezca á V. una recomendación para el Ministro, ó el Director, ó el Jefe de tal ó el de cual.

Estos protectores siempre están en ejercicio, siempre tienen bajo su amparo uno ó dos desdichados á los que andan tras de colocar para que se ganen un pedazo de pan.

Eso sí, los hacen andar de zoca en colodra, y al cabo de algu- nos meses los protegidos han roto dos ó tres pares de botas y el destino aún está por venir.

Eso sí, el protector ha consumido un par de resmillas de papel.

Si tienen VV. ocasión de ver el cesto de los papeles de cual- quiera de los que desempeñan un cargo en cualquier parte, en- contrarán VV. restos de cien cartas que todas ellas empiezan de la siguiente manera:

«Mi querido amigo: El dador de la presente, que es un joven al que protejo, desea entrar de *cualquier cosa* en esa dependen- cia; y como sé dónde llega el valioso influjo de V...»

«¿Quién no se ha visto molestado por cartas de estas en toda su vida?»

Yo, pobre de mí, las he recibido á millares á pesar de ser en el mundo lo que en los repartos de las comedias es el actor D. N. N.

Verdad es que á todas contesto de la misma manera:

«Ya me dice Fulano que desea V. entrar aquí de *cualquier cosa*, pero como aún no se ha creado el destino de *cualquier co- sa* nada puedo hacer. Ya le avisaré á V. cuando se establezcan esas plazas.»

Pero el colmo de la protección es lo que revela esta carta que tengo á la vista:

«Querido Manuel: Aquí va Fulano que es protegido mío y ne- cesita tres pesetas para comer hoy. Dáselas—tuyo X.»

Que es proteger con la protección ajena.

MANUEL MATÓSES.

LA CORRUPCIÓN DEL SIGLO

Don Facundo y su señora han tomado la manía de endilgarme cada día un sermón de media hora.

Y ya me cargan los dos con el tema socorrido, de que el mundo está perdido y no le salva ni Dios.

—¡Vea usted! (me dijo ayer irritado don Facundo)

¡Vea usted cómo está el mundo!

—¿Cómo está, vamos á ver?

—Como decía un doctor:

¡Atravesando una crisis hasta que muera de tisis y... otra enfermedad peor!

La política, una farsa donde triunfa el más tirano, mientras el pueblo pagano hace el papel de comparsa.

Los negocios, son chanchullos; las posiciones, compradas; las amistades, bobadas; las reuniones, barullos.

La familia, una ilusión; en cada casa un belén, siempre sospechoso el bien, siempre brutal la pasión.

No hablemos de honestidad porque eso va siendo viejo; puesto que el arte es espejo que pinta la sociedad

vea usted cómo está el arte y dígame francamente si una persona decente va tranquila á alguna parte.

En el teatro imprudencias, sandeces, majaderías, que llaman pornografías por no llamarlo indecencias.

En los libros un conjunto de detalles fríos, sosos, cuando no son asquerosos el estilo y el asunto...

Pues ¿y la conversación?

¡Puedo yo, vamos á ver,

ir con mi pobre mujer á ninguna reunión?

—¿Para qué, si se ha de hablar

del novio de la vecina,

de maridos en berlina,

de amores de lupanar,

todo con aditamentos

de anécdotas al oído,

frases de doble sentido

y chistes como pimientos?

—¡Hombre! ni puede siquiera

salir mi esposa á la calle

porque ha tenido buen talle

y ha sido muy retrachera

y da la casualidad

de que hay siempre un descarado

que sin ver que estoy al lado

la dice una atrocidad.

(Lo último es un exceso

de la vanidad traidora

porque la pobre señora

está asegurada de eso).

—Perdone usted, don Facundo,

dije, calmando se ira;

aunque parece mentira

voy á defender al mundo.

—Imposible!

—No señor.

Ello no está bien, verdad; pero no veo otra edad en que haya estado mejor.

Lerra en distintos papeles

se quejaba á todas horas

de las mujeres traidoras,

de los amigos infieles,

del triunfo de la osadía,

de la política artera,

y de que tan sólo hubiera

honor de guardarropa.

—¿Más atrás? Pues don Ramón

de la Cruz en sus sainetes

pinta unos moralvetes,

doncellas de relumbrón,

manolas, cuyos cortejes

convidan á los maridos,

el cianuro en los perdidos,

la hipocresía en los viejos...

—¿Más atrás? Lope de Vega,

Calderón, Moreto, Rojas,

llenaron hojas y hojas

con amorios de pega,

damas de virtud dudosa,

galanteos indecentes,

¡las aventuras corrientes

entre el amante y la esposa!...

Pues ¿y Quevedo? ¡pero hombre

si nos deja tamañitos

porque llama en sus escritos

á las cosas por su nombre!

—¿Más atrás? la tiranía;

por dinero los honores,

con queridas los señores,

la plebe una porquería.

—¿Mucho más atrás? Pues bien;

¡Roma! la reina del mundo...

Repáre usted, don Facundo,

en que aquello era un belén.

La orgía, las bacanales,

la fuerza en sus formas rudas...

¡y las mujeres desnudas

sobre los carros triunfales!

—¿Más atrás? ¡Voy á Israel!

Vamos. El pueblo escogido,

que estaba tan corrompido,

que Dios no pudo con él!

Y conste que lo atestiguo

con verdades como templos,

¡porque está lleno de ejemplos

todo el Testamento antiguo!

—¿Más atrás? Pues aunque corra

esta sociedad perdida,

no podrá estar en su vida

como Sodoma y Gomorra!

—¿Y antes del diluvio? ¡Nada

queda igual ni por asomo!

porque, dígame usted, ¿cómo

estaría la jugada

cuando no pudo pasar,

y el mismo Dios de Sión

tuvo que echar un borrón

para volver á empezar!

—

Y habiendo así terminado

aquella bromita pesada,

me marché sin oír nada,

creyendo dejar probado

á don Facundo y señora,

sobre todo á don Facundo,

que jamás ha estado el mundo

menos perdido que ahora.

SINISTRO DELGADO.

¡QUE SUERTE!

¡Maldita mil veces mi suerte maldita!

¡Maldito otras tantas mi afán por jugar!

¡Por qué, si el tapete me atrae, me tocan,

jamás, ¡oh desgracia! consigo ganar!

Me paso las noches, me paso los días
pensando jugadas de mucho interés;
mas nunca resultan las cábalas mías,
y todo cuanto hago me sale al revés!
¡Qué es esto? ¿En qué estriba que yo nunca gane,
si fama he logrado de buen jugador?
¡Por qué, aunque cavile, medite y me afane,
jamás de la suerte merezo el favor?
Yo sé que á la timba van hombres sencillos,
personas que nunca supieron jugar,
y todo el dinero se va á sus bolsillos,
y nunca se engañan, y ganan... ¡la mar!
Yo, en cambio, que juego con tanto extremado,
que soy en las timbas valiente adalid,
ni gano una apuesta, ni nunca he logrado
tener la fortuna de dar en el quid!
¡Señor! Tú que miras mi eterna zozobra,
mi eterna desgracia, mi eterna aflicción,
¡por qué no me prestas, si tanta te sobra,
un rayo divino de tu inspiración?
Verás cómo entonces me busca el dinero,
me sigue la suerte de un modo ideal,
verás con qué gracia de banco al banquero,
revento á los puntos y gano un caudal.
A Ti, que conoces mi estado angustioso,
recurso en demanda de tu protección;
no muy exigente no soy ambicioso...
¡tan sólo deseo ganar un millón!

MANUEL SORIANO.

ACTA

Reunidos en la Dirección del periódico *La Regencia* á la una de la madrugada del 29 de Octubre de 1887 los Sres. D. Joaquín Dicenta y Benedito y D. José Jerez y Varona, representantes de D. Emilio Bobadilla; y D. Manuel Regidor y Jurado, y D. José del Castillo y Soriano, representantes de D. Antonio Cortón, y todos con poderes plenos para resolver el asunto objeto de la conferencia.

Los Sres. Dicenta y Jerez demandaron explicaciones por un artículo del Sr. Cortón, titulado *Notas Matritenses*, inserto en el número de *El Buscapié* de Puerto Rico, correspondiente al 9 del mes actual, en cuyo artículo considera el Sr. Bobadilla que existen conceptos ofensivos para su persona, los cuales exigen inmediata reparación.

Los representantes del Sr. Cortón contestaron que, á su juicio, no existía ofensa alguna en dicho escrito, ni podía haber intención ofensiva para el Sr. Bobadilla, á quien ni siquiera tiene el honor de conocer personalmente el autor del artículo que se discute, el cual artículo no reviste otro carácter que el de respuesta dada por un puertorriqueño á la crítica hecha de su país por el Sr. Bobadilla, en un artículo titulado *Notas de Viaje*, publicado en el número del 10 de Septiembre en el MADRID CÓMICO. Manifestaron además que con motivo de haber recusado el Sr. Cortón á uno de los representantes que nombró primeramente para este asunto el Sr. Bobadilla por razones de índole particular que no afectan en nada al buen nombre del interesado, el Sr. Bobadilla escribió una carta al Sr. Cortón designando nuevos representantes, en la cual aparecen frases subrayadas y reticencias que pudieran interpretarse como ofensivas á la caballerosidad del Sr. Cortón.

Los Sres. Dicenta y Jerez replicaron que, en su opinión, el artículo de *El Buscapié* envuelve ofensas para el Sr. Bobadilla, y que en la carta de éste no existen términos ofensivos para el Sr. Cortón. Que, sin embargo, quedaría explicada satisfactoriamente dicha carta, si antes el Sr. Cortón ó sus representantes declaraban que no había habido por parte del citado señor ni la más remota intención de ofender al Sr. Bobadilla.

Declarado por los representantes del Sr. Cortón que accedían á lo solicitado por el Sr. Bobadilla, quedando retiradas en nombre de su apadrinado las palabras que el Sr. Bobadilla estimaba ofensivas á su persona, los representantes de éste retiraron también en consecuencia de esta declaración la carta dirigida por el mismo al Sr. Cortón.

Los cuatro representantes acordaron que, faltando ya motivo de ofensa, daban por terminada la cuestión, haciendo constar que tanto el Sr. Bobadilla como el Sr. Cortón quedaban en el lugar que honrosamente les corresponde.

Madrid 29 de Octubre de 1887. — José Jerez Varona. — Joaquín Dicenta. — Manuel Regidor Jurado. — José del Castillo y Soriano.

Una escena de *Los valientes*.

RUSIA. — ¡A mí no me tose nadie, y ahora mismo me voy á comer media humanidad.

ALEMANIA Y AUSTRIA. — ¡Alto ahí! Usted no ha oído hablar de los dos cataclismos? Pues somos nosotros!

ITALIA Y FRANCIA. — ¡Ay, que se matan! que baja la Bolsa! ¡que la paz universal está amenazada! ¡Socorroooo!

EL PRÍNCIPE FERNANDO DE COBURGO. — No tengan VV. cuidado. A esos valientes me los meto yo en el bolsillo.

Y eso que soy el único que no tiene navaja.

Lo he leído, ó me lo han dicho, el caso es que lo sé. Según parece, una Sra. Duquesa trata de dejar cesantes, así como suena, á los médicos de un establecimiento benéfico...

Hasta ahora la cosa no tiene gracia.

Lo que tiene gracia es que los susodichos médicos, que han cumplido su deber durante ocho años, ¡no cobran!

De manera que no se sabe á punto fijo de qué los dejan cesantes.

¡Será del gusto que les daba trabajar *gratis et amore!*

He recibido el *Album de salón*, periódico elegante y distinguido, para el que mucha suscripción no pido porque *diz* que no admite suscripción.

— ¡Ay! Pepita, ¡cómo me fastidia la niebla!

— ¿Por qué?

— Porque no te veo á mi gusto, y... porque no sé de cierto si estás en el balcón. ¿Quieres que suba al ventanillo?

— No, de ninguna manera. ¡Está allí ahora ese señor que nos pagó la casa!

Blas, pedazo de adoquín que tiene ojos y no ve, se ha metido á critiquín de un diario que yo sé.

El que en el arte se meta ya sabe una cosa más: que no hay autor, ni poeta, ni pintor, mejor que Blas.

Libros:

El Empeinado, segundo cuaderno del tomo II de *Los guerrilleros de 1808*, que publica con éxito creciente nuestro querido compañero D. E. Rodríguez Solís.

Dos primos se titula el tomo 45 de la *Biblioteca Demi-Monde*, editado con el lujo de costumbre. Conocido el género... no hay más que hablar.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un pasante. — Es un poco vulgar y algo incorrecto, pero no tiembles usted, ¡nada hay perfecto!

Cascabel. — Lo malo es que... ninguna tiene nada de particular.

Sr. D. M. C. — Madrid. — No llegó la anterior á que se refiere: Bien dice usted que no tiene costumbre de escribir, porque se nota á la legua; los versos son medianos, pero muy medianos.

Sr. D. P. P. y M. — Madrid. — ¡Vive Dios que tiene gracia! pero resulta bastante confusa la exposición (¡llamémosla así!).

Galib. — Pasó de moda ese género. ¡Por favor! No me pregunten ustedes nada de composiciones atrasadas, porque bastante tengo con atender á las presentes.

Sr. D. *Sisnando*. — Está bien hecha. ¡Lástima que el asunto sea, á más de escabroso, un poquito manoseado!

Bambimbordón. — ¡También es casualidad! Digo á V. exactamente lo mismo.

Papil. — No tiene gracia.

Un novicio. — Sin que V. lo diga, ya se conoce.

Sr. D. J. C. — Valencia. — Nada, siguen mal medidos. No entiende V. los endecasílabos; está visto.

SO^a H^a. — ¡La gracia, si la tuviere, sería fuercecita.

Varios suscriptores. — Sevilla. — Seguramente iremos en Abril: ¡Me hace gracia el silogismo! «No se ha publicado *Sevilla*, luego VV. no viajan.» Eso lo podían VV. decir cuando se hubiera publicado y no nos hubieran visto por ahí.

Sr. D. R. S. D. — Madrid. — Al soneto le perjudican mucho las asonancias de los tercetos. La otra se publicará.

Sr. D. J. B. — Escorial. — Si señor, algo sirve.

Verde. — No hay peor clase de desesperación que la que se manifiesta en endecasílabos defectuosos.

Sr. D. A. B. G. — Malita es, por la gracia de Dios, etc.

Canario. — Esas cosas deben tener mucho *saliente*, y cuando no le tienen...

Sr. D. J. G. H. — Madrid. — Es bastante defectuosa; ¡sabe V. por qué! Pues por descuidar el asunto y prescindir un poco del ritmo.

Sr. D. A. R. P. — Madrid. — No, esos no pueden aprovechar; pero en el género puede V., si quiere, hacer algo pasable.

Loro. — ¡Vete á la tierra del moro para que te maten, Loro!



—¡Míá que venirnos á nosotros con moínas!
—¡Anda y que se traguen los gorros!

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DEBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fernánvlez, 4, primer izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
 en la Exposición Universal de París de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
 BOMBONES FINOS DE PARÍS
 Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
 Sucursal. Montera, 8
 Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

- Sin encuadernar..... 30 pesetas
- Encuadernado en tela..... 35
- Cartulinas sueltas (cada una)..... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.